

administrador de la hacienda de Atlihuayan, quien en el acto montó á caballo y se dirigió á galope á Yautepec, acompañado de los dependientes principales de la hacienda, con el objeto de procurar la libertad del honrado herrero.



XIV

Pilar

En cuanto á doña Antonia, desde el principio del altercado de Nicolás con el comandante, viendo el giro que tomaba aquel asunto y comprendiendo, en fin, que no tenía que esperar nada de las autoridades y que, por el contrario, iba á cometerse una gran

injusticia y tal vez un crimen con su generoso defensor, había caído en un extremo tal de abatimiento que por un instante se la creyó enferma. Pero nadie la hizo caso, estando todos atentos al desenlace de aquella terrible discusión.

Cuando los soldados se llevaron á Nicolás preso, la pobre señora ni aun fuerzas tuvo para levantarse y seguirlo, contentándose con gemir arrinconada y atónita en un banco de la prefectura.

Por fin, cuando el prefecto salió, ella también; acompañada del tío de Pilar y de varios vecinos, se dirigió á su casa, en donde la esperaban aquella joven, sus tíos y algunos vecinos y vecinas que se interesaban en su desgracia.

Refirióles en pocas palabras lo que acababa de suceder, y agotadas sus fuerzas por tantos sufrimientos, débil, extenuada, pues no había tomado alimento alguno desde la mañana y habíase empapado de agua en la huerta, al hacer sus primeras pesquisas, se arrojó en la cama temblando de fiebre. Su ahijada y aquellas gentes piadosas la prodigaron los primeros cuidados. Pero la buena y bella joven, tan luego como aplicó las medicinas necesarias á su madrina, comenzó á ocuparse en otra cosa que la había conmovido hasta el fondo del alma.

La noticia de la prisión de Nicolás había sido para ella un rayo. Se sintió trastornada, pero disimuló cuanto pudo su ansiedad y su congoja en pre-

sencia de sus tíos y de aquellas gentes extrañas, tomó su rebozo, y pretextando que iba á traer algunas medicinas se lanzó á la calle.

¿Adónde iba? Ni ella misma lo sabía; pero sentía la necesidad de ver á Nicolás, de hablarle, de ver á algunas personas, de procurar, en fin, salvar á aquel joven generoso que mucho tiempo hacía era el ídolo de su corazón, ídolo tanto más amado cuanto que había tenido que rendirle culto en silencio y en presencia de una rival muy querida de él y muy querida también de ella.

En otras circunstancias, ella, dulce, resignada por carácter, tímida y ruborosa, habría muerto antes que revelar el secreto que hacía al mismo tiempo su delicia y el tormento de su corazón. Pero en aquellos momentos, cuando la vida del joven estaba peligrando y lo suponía desamparado de todos y entre las garras de aquellos militares arbitrarios y feroces, la buena y virtuosa joven no tuvo en cuenta su edad ni su sexo; no reparó en que su educación retraída había producido el aislamiento en torno suyo; no temió para nada el qué dirán de las gentes de su pueblo; no pensó más que en la salvación de Nicolás, y por conseguirla salió de la casa de su madrina y se dirigió apresuradamente al cuartel en que le habían dicho que acababan de poner incomunicado al herrero.

Éste no se hallaba encerrado en prisión alguna,

porque aquel cuartel provisional estaba en una casa de la población que no tenía las condiciones requeridas. Así es que Nicolás había sido puesto en un portal que daba á la calle, y allí lo guardaban dos centinelas de vista y la guardia, que se hallaba alojada allí mismo. De modo que la joven pudo verle desde luego, mezclándose al grupo de gente que se había acercado á la casa por curiosidad.

Pilar se salió del grupo, y adelantándose hacia el prisionero, que reparó en ella en el instante, y que se levantó en ademán de recibirla, no pudo pronunciar más que esta palabra, entre ahogados sollozos:

— ¡Nicolás!

Y cayó de rodillas en el suelo, muda de dolor y anegada en llanto.

Nicolás iba á hablarla, pero el sargento de la guardia se interpuso, y algo compadecido de la joven, le dijo:

— Sepárese, señorita, porque el reo está incomunicado y no puede hablarle.

— ¡Pero si es mi... pero si es pariente mío! — dijo Pilar en ademán de súplica.

— No le hace, — replicó el sargento, — no puede usted hablarle; lo siento mucho, pero es la orden.

— ¡Una palabra nada más! ¡por compasión, déjeme usted hablarle una sola palabra!

— No se puede, niña, — dijo el sargento; — retírese

usted; si viene el comandante puede que la maltrate, y es mejor que se vaya...

— ¡Que me mate, — dijo ella, — pero que se salve él!

Estas palabras, que llegaron á los oídos de Nicolás muy claras y perceptibles, le revelaron toda la verdad de lo que pasaba en el alma de la hermosa joven y fueron para él como una luz esplendorosa que iluminó las nubes sombrías en que naufragaba su espíritu. ¡Pilar le amaba, y ella sí que sabía amar! De manera que él había estado embriagándose por mucho tiempo en el aroma letal de la flor venenosa, y había dejado indiferente á su lado á la flor modesta y que podía darle la vida.

¡Qué dicha la suya en saberlo! pero ¡qué horrible desventura la de saberlo en aquel momento, tal vez el último de su existencia, porque Nicolás no dudaba de que el comandante ejercería su venganza en el camino aquella misma tarde! Había sido la humillación del militar tan cruel y tan vergonzosa, que no podría perdonarla, con tanta más seguridad, cuanto que, en aquel tiempo, ningún temor podría contenerle, siendo esta clase de arbitrariedades y crímenes el pan de cada día.

Pasó por la cabeza de Nicolás como un vértigo todo aquello; era superior á sus fuerzas con ser ellas tantas, y con tener un carácter de bronce, como el suyo, fundido al fuego de todos los sufrimientos. No

quiso ver más; cubrióse el rostro con las manos, como para no dejar ver dos lágrimas que brotaron de sus ojos. Pero pasado ese instante de crisis tremenda, se levantó de nuevo para ver á Pilar. Ésta, empujada suavemente por el sargento, se alejaba del cuerpo de guardia, pero volvía frecuentemente la cabeza buscando á Nicolás. En una de esas veces, Nicolás le dió las gracias poniendo la mano sobre su corazón y le hizo seña de que se alejara. ¡Hubiera querido expresarla con el ademán cuánto gozaba sabiendo que era amado por ella, y asegurarla que, en aquel momento, un amor profundo y tierno acababa de germinar en su corazón sobre las cenizas de su amor malsano de los pasados días!

Pero aquella gente curiosa, aquellos soldados le habían impedido tal expansión, y más que todo su sorpresa, su aturdimiento, casi podría decirse su felicidad. Así, pues, volvió á caer desplomado en el banco de piedra en que le habían permitido sentarse, y se abandonó á profundas y amargas reflexiones.

Pilar, entretanto, no descansó un instante. Fué á ver al prefecto, á quien encontró precisamente con los regidores y alcaldes, y con los dependientes de la hacienda, que deliberaban acerca de lo que debía hacerse para evitar que Nicolás fuese llevado preso. La joven se presentó á ellos llorando, les suplicó que á toda costa no abandonasen á Nicolás, y que si era

posible le acompañaran en la marcha, porque tal vez eso evitaría que se cometiera un crimen en el camino, y no se retiró sino cuando todos le aseguraron que, si no conseguían libertarlo inmediatamente, acompañarían á la tropa.

Después se volvió á su casa y preparó algún alimento que llevó al prisionero ella misma, teniendo cuidado de confiarlo al sargento que antes le había hablado, y á quien deslizó una moneda en la mano, rogándole que dijese al preso *que no tuviese cuidado, que velarían por él.*

Nicolás comprendió que la joven había hecho mil gestiones en su favor, pero ¿cuáles fueron esas gestiones, y de qué modo y quiénes velarían por él? Eso no lo sabía, ni necesitaba saberlo. Desde aquel momento, algo como la confianza en un ser divino se hizo lugar en su ánimo. Había un ángel que le protegía, y por más que el herrero supiese que Pilar era una niña obscura, débil, tímida, sin relaciones poderosas, algo le decía íntimamente que esa niña, inspirada por el amor, se había convertido en una mujer fuerte, atrevida y fecunda en recursos.

Así, pues, reanimado con aquella seguridad interior, ya no temió por su existencia y se abandonó á su suerte confiado y tranquilo.

Apenas acababa de hacer estas reflexiones consoladoras y de tomar algún alimento, cuando se tocó en el cuartel la botasilla y la tropa se preparó á marchar.

Un rato después trajeron á Nicolás un caballo flaco y mal ensillado, y le obligaron á montar en él y á colocarse entre filas. Luego se formó la caballería y el comandante llegó casi ebrio, y poniéndose á la cabeza de la tropa salió de la población, mirando con ceño á los numerosos grupos de gente que se agolpaba en las calles para manifestar su interés en favor del joven herrero, que marchaba tranquilo en medio de los dragones.

Nicolás buscaba con anhelo entre aquellos grupos á la bella niña, y no encontrándola, su frente se nubló. Pero al llegar la tropa á la orilla del pueblo, y entrando en el camino que conduce á Cuautla por las haciendas, se encontró un gran grupo de gente á caballo, compuesto del prefecto, de los regidores, del administrador de Atlihuayan, de sus dependientes y de otros particulares muy bien armados. Junto á ellos y en la puerta de una cabaña, al extremo de una gran huerta, se hallaban Pilar y sus tíos. La hermosa joven tenía los ojos encarnados, pero se mostraba tranquila y procuró sonreír al descubrir á Nicolás y al decirle adiós, como diciéndole: *Hasta luego.*

Nicolás, al verla, ya no pensó más en su situación, sintió solamente el vértigo del amor, el golpe de sangre que afluía á su corazón, y que ofuscaba sus ojos con un dulce desvanecimiento. Púsose encendido, saludó á Pilar con apasionado cariño, y

volvió varias veces la vista para fijar en ella una mirada de adoración y de gratitud. La amaba ya profundamente; aquel amor acababa de germinar en su alma y había echado ya hondas raíces en ella. En tres horas había vivido la vida de tres años, y había poblado aquella fantasía ardiente con todos los sueños de una dicha retrospectiva y malograda.

Por su parte Pilar no ocultaba ya sus sentimientos desde el instante que ellos estallaron con motivo del terrible riesgo que estaba corriendo Nicolás. Salvarlo era ahora todo su objeto, y poco le importaba lo demás.

El famoso comandante, que según ha podido comprenderse era demasiado receloso, se alarmó al ver aquella cabalgata que parecía esperarlo en actitud amenazadora, y picando su caballo se dirigió al prefecto.

— ¡Hola, señor prefecto! ¿qué hace tanta gente aquí?

— Esperándolo á usted, — respondió el funcionario.

— ¿A mí? ¿y para qué?

— Para acompañarlo, señor, hasta Cuautla.

— ¿Acompañarme? ¿y con qué objeto?

— Con el de responder de la conducta de ese muchacho, á quien lleva usted preso, ante la autoridad á quien va usted á presentarlo.

— ¿Y qué autoridad es esa, señor prefecto?

—Usted debe saberlo,—respondió secamente el prefecto, que parecía más resuelto, apoyado como estaba por numerosos vecinos bien armados.—Yo sólo sé que soy aquí la primera autoridad política del distrito, y que no tengo superior en él en lo relativo á mis facultades. El señor juez de primera instancia es también la primera autoridad del distrito en el ramo judicial; él está aquí, porque lo es actualmente el señor alcalde. Así es que, supuesto que usted se lleva preso á un ciudadano que de uno ó de otro modo debería estar sometido á nuestra jurisdicción, claro es que va usted á presentarlo á alguna autoridad que sea superior á la nuestra, y nosotros vamos á presentarnos también á esa autoridad para informarle de todo y para lo que haya lugar.

—Pero ¿sabe usted que yo tengo facultades para hacer lo que hago?—dijo el militar, queriendo salir del aprieto en que lo habían puesto las razones del prefecto.

—No, no lo sé,—contestó éste,—usted no ha tenido la bondad de enseñarme la orden que así lo diga, ni á mí se me ha comunicado nada por el gobierno del Estado, que es mi superior. Si usted trae la orden... puede enseñármela.

—Yo no tengo que enseñarle á usted órdenes ningunas,—respondió el militar con altanería.—Yo no recibo órdenes más que de mis jefes, ni tengo que dar cuenta de mi conducta más que á ellos.

—Por eso vamos á ver á esos jefes de usted,—replicó el prefecto con decisión.

—Pues entonces es inútil que ustedes me acompañen, porque mis jefes no están en Cuautla, sino en México.

—Pues iremos á México,—insistió el prefecto, secundado por el administrador de Atlihuayan, que también repitió:—¡Sí, señor, iremos á México!

—Y ¿si yo no lo permito?

—Usted no puede impedir que sigamos á la tropa de usted. Yo soy el prefecto de Yautepec, conmigo vienen el Ayuntamiento y varios vecinos honrados y pacíficos; ¿con qué derecho nos podría usted evitar que fuésemos adonde usted va?

—Pero ¿saben ustedes que ya me está fastidiando esta farsa y que puedo hacer que se concluya?

—Haga usted lo que guste; nosotros haremos entonces lo que debemos.

El comandante estaba furioso. Mandó hacer alto á su caballería y conferenció un momento con sus capitanes. Tal vez hubiera querido cometer una arbitrariedad, pero no era fácil que ella quedara impune. El prefecto estaba allí acompañado del Ayuntamiento, de los dependientes de la hacienda de Atlihuayan y de numerosos vecinos bien montados y armados. En un momento podían reunírsele otros vecinos, aunque sin armas, y tomar aquello un aspecto formidable.

El comandante decidió, pues, soportar aquella

afrenta, pero no soltar á Nicolás. Volvió hacia el grupo en que se hallaba el prefecto, y le dijo:

—¿De manera que ustedes han salido para quitarme al reo, al hombre?

—No, señor, —replicó el prefecto;— ya hemos dicho á usted que nuestro objeto es seguirlo hasta Cuautla ó hasta México, y no podrá usted acusarnos de agresión alguna.

—¡Era bueno que ustedes mostraran esta resistencia contra los bandidos, como la muestran contra las tropas del gobierno!

—Sí, la mostraríamos, —replicó indignado el prefecto,—si las tropas del gobierno en lugar de perseguir á esos bandidos, pues para eso les pagan, no se emplearan en perseguir á los hombres de bien. Se le ha ofrecido á usted el auxilio de hombres de aquí para perseguir á los plateados, y usted no lo ha querido, y precisamente ese es el delito por el que lleva usted preso á ese honrado sujeto.

—Bueno, bueno, —dijo el comandante,—pues ya veremos quién tiene razón; síganme ustedes adonde quieran, que lo mismo me da...

Y mandó continuar la marcha.

El prefecto siguió al lado de la columna de caballería, pero Nicolás pudo ya estar seguro de que nada le sucedería.

Así caminaron toda la tarde, y ya bien entrada la noche, llegaron á Cuautla, en donde el prefecto

de Yautepec fué á hablar á su colega del distrito de Morelos y á poner en juego todas sus relaciones con el objeto de lograr la libertad del herrero.

El comandante puso un extraordinario á Cuernavaca, acusando al joven como hombre peligroso para la tranquilidad pública, presentando lo acaecido en Yautepec como una rebelión, y dándose aires de salvador y enérgico. Pero el prefecto de Yautepec y el Ayuntamiento, así como las autoridades de Cuautla, se dirigieron al gobernador del Estado y al gobierno federal, y el administrador de Atlihuayan al dueño de la hacienda y á sus amigos de México, relatando lo ocurrido. Cruzáronse numerosos oficios, informes, recomendaciones, y se gastó tinta y dinero para aclarar aquel asunto. Nicolás permaneció preso en el cuartel de aquella tropa, que aun esperaba órdenes para escoltar al amigo del Presidente. Pero al tercer día llegó una directa del ministerio de la Guerra para poner en libertad al joven herrero, mandando que el comandante se presentase en México á responder de su conducta.

Todo este embrollo y esta irregularidad eran cosas frecuentes en aquella época de guerra civil y de confusión.

Así, pues, del rapto cometido por el Zarco sólo habían resultado la grave enfermedad de la pobre madre y la prisión del herrero de Atlihuayan, la conmoción de la autoridad de Yautepec, muchas

comunicaciones, muchos pasos, muchas lágrimas, pero el delito había quedado impune.

Verdad es que también había resultado la dicha de dos corazones buenos; éste era el único rayo de sol que iluminaba aquel cuadro de desorden, de vicio y de miseria.



XV

El amor bueno

Nicolás, apenas libre, voló á Yautepec. ¿Qué había pasado allí durante su corta ausencia? ¡Temblaba de pensar en ello! Incomunicado rigurosamente desde que salió de aquella población hasta que fué puesto en libertad, nada había podido saber acerca de la suerte de doña Antonia, ni de Pilar; pero apenas pudo comunicarse con algunos de los vecinos de Yautepec, que habían acudido á hablarle, cuando supo que la infeliz madre de Manuela, demasiado débil para resistir tantos golpes, había caído en cama, atacada de un violento acceso de fiebre cerebral. Era muy posible que la pobre señora hubiese

sucumbido. ¿Y Pilar? Indudablemente la buena y bella joven habría prodigado toda especie de cuidados á su madrina; era seguro que no se habría separado un solo instante del lecho de la enferma, que, abandonada tan miserablemente por su hija, se encontraba, sin embargo, rodeada de gentes bondadosas y caritativas, pero sobre todo de aquel ángel, que más que su ahijada, parecía ser su verdadera hija, heredera de su virtud, de su sensatez y de su noble carácter.

Pero en el seno de aquella familia improvisada por la desgracia, junto al lecho de aquella anciana moribunda, hacía falta un hombre, un apoyo, una fuerza que infundiera aliento á los demás y proveyese á las necesidades que siempre aumenta el desamparo. Y ese hombre, ¿quién podía ser sino él, Nicolás, el hombre á quien aquella virtuosa señora había escogido para su yerno, y había amado como á un hijo suyo, el que, á su vez, huérfano desde su infancia, había concentrado en ella todo su afecto filial? ¡Cómo le habría buscado la enferma en su delirio! ¡Cómo habría también Pilar invocado su nombre, en silencio, deseando verle á su lado, en aquellos momentos de horrorosa angustia! Este último pensamiento era, en medio de su ansiedad, como una gota de néctar que caía en su corazón, que rebosaba amargura.

Desde su salida de Yautepec, preso y amenazado

de muerte por aquel militar insolente y arbitrario, Nicolás no había hecho más que pensar en aquellos dos objetos de su cariño: doña Antonia y Pilar, y su espíritu agitado pasaba sin cesar del infortunio de la desdichada señora al amor de la hermosa joven, amor tanto más grato, cuanto que se había revelado de súbito, y justamente cuando se habían oscurecido para él todos los horizontes de la vida.

Así es que el enamorado joven, en los días precedentes, apenas había concedido su atención al estado que guardaba, á la incomunicación en que se le mantenía, á las mil incomodidades de su prisión, al peligro mismo de una resolución desfavorable á las gestiones que se hacían para libertarle, á todo.

Doña Antonia y Pilar eran su preocupación única, y no ver á estas dos personas, que para él encerraban el mundo entero, causaba su impaciencia, una impaciencia que llegaba á la desesperación.

En cuanto á Manuela... se había desvanecido completamente en su memoria. El herrero, como todos los hombres de gran carácter, era orgulloso, y si en los últimos días aun había manifestado algún afecto á la desdeñosa joven, si en su corazón aun no parecía haberse extinguido el fuego de otros tiempos, había sido solamente porque doña Antonia animaba constantemente con el soplo de sus esperanzas aquella hoguera, casi convertida en cenizas.

Pero Nicolás había acabado por comprender desde

hacía muchos meses, que era un hombre imposible en el corazón de Manuela. Más aún; con su perspicacia natural, con esa facilidad de percepción que tienen los enamorados humildes, había adivinado, analizando detalle por detalle, al regresar tristemente de Yautepec todas las noches, sus estériles y cada vez más heladas entrevistas con la joven, que ésta no sólo sentía desapego hacía él, sino repugnancia. Ahora bien: á la expresión de este sentimiento, que aun en un semblante hermoso es dura y desagradable, no podía resistir un alma altiva como la de Nicolás. Si él hubiera sido uno de esos muchachos tontos y fatuos que interpretan siempre el gesto y las palabras de las mujeres que aman, en el sentido menos desfavorable para ellos; si hubiese sido uno de esos hombres vengativos y tenaces que hacen del sufrimiento un medio de triunfar y de vengarse; si por último hubiese sido uno de esos viejos libertinos para quienes el deseo es una coraza que los hace invulnerables, y para quienes la posesión á toda costa es ya el único objeto de su amor sensual, Nicolás habría permanecido firme en su intento, sostenido por el apoyo de la madre, gran apoyo junto á una hija, por contraria que ésta se muestre.

Pero Nicolás era un hombre de otra especie. Indio, humilde obrero, él tenía, sin embargo, la conciencia de su dignidad y de su fuerza. Él sabía bien que valía, como hombre y como pretendiente, lo

bastante para ser amado de Manuela. Su honradez inmaculada le daba un título; su posición, aunque mediana, pero independiente y obtenida merced á su trabajo personal, lo ennoblecía á sus ojos; su amor sincero, puro, que aspiraba á la dignidad conyugal y no á los goces pasajeros del deseo material, le hacían valorizarlo y estimarlo, como un tesoro que debía guardarse intacto.

En suma, él amaba tiernamente, con sumisión, pero con decoro, con pasión tal vez, pero con dignidad, y comprometer este decoro y esta dignidad en algún acto de humillación le habría parecido degradar su carácter y arrastrar por el suelo aquel sentimiento que llevaba tan alto.

Así, pues, tan luego como Manuela, enamorada como estaba de otro hombre, creyó conveniente quitarse el velo del disimulo y comenzó á mostrar á Nicolás un desabrimiento que éste conoció al instante, que fué aumentándose de día en día, y que acabó por convertirse en un marcado gesto de repugnancia, Nicolás comenzó por sentirse lastimado profundamente en su orgullo de hombre y de amante, y acabó por experimentar la insoportable amargura de la humillación. Su amor, ya bastante desarraigado por los desaires anteriores, no pudo resistir á la última prueba, y fué desvaneciéndose á gran priesa en su corazón. El afecto de doña Antonia, un vislumbre de esperanza y cierto hábito contraído de ver

á la joven todos los días, aun lo retenía débilmente, como lo hemos visto; pero al saber que aquella mujer á quien había creído insensible para él, pero honrada, había huído con el odioso bandido cuyo nombre era el espanto de aquella comarca, una sorpresa dolorosa primero, y un sentimiento de desprecio después, se apoderaron de su alma.

Después, este desprecio fué tornándose, al considerar la perversión de carácter de Manuela, en un sentimiento de otro género.

Era la repugnancia, pero la repugnancia que inspira la fealdad del alma; y después una viva alegría inundó su corazón.

Él, Nicolás, el pobre herrero de Atlahuayan, se había escapado de aquel monstruo. Había estado amando á un demonio, creyéndolo un ángel. Hoy que se veía libre de él, se avergonzaba de su ceguera de los primeros días, y se felicitaba de que el cielo ó su buena suerte le hubiesen salvado del peligro de haberse enlazado con aquella criatura, ó al menos de la desgracia de seguir amándola, lo que habría sido terrible para él, dado su carácter altivo é intensamente apasionado.

Lejos de eso y como una compensación gratisima, precisamente en los momentos en que su espíritu había quedado enteramente despejado de las últimas nieblas que aquel afecto hubiera podido dejarle, cuando la serenidad acababa de restablecerse en su cora-

zón, serenidad que no había sido bastante para turbar ni la indignación que lo había agitado, había visto surgir ante sus ojos una nueva imagen, más bella y dulce que la que había desaparecido, y había sentido, había comprendido que esa sí era el ángel bueno de su existencia. Ni podía menos; el amor de Pilar se había descubierto en un momento solemne y decisivo, sin interés y sin esperanzas, con todos los caracteres de abnegación, de generoso sacrificio, de resolución heroica que deben ser las cualidades del afecto extraordinario. ¿Cómo no sentirse subyugado en el instante por un amor tan poderoso? Nicolás no sólo sintió penetrar en su alma, como un torrente de fuego, aquel amor nuevo y luminoso, sino que experimentó algo, como un remordimiento, como vergüenza de no haber abierto antes los ojos á la dicha, de no haber adivinado el afecto que inspiraba y que seguramente había vivido oculto cerca de él, protegiéndolo, envolviéndolo en una atmósfera de simpatía y de cariño. Y él, ¡cómo habría hecho sufrir á la bella y modesta joven con su aparente galantería para Manuela! ¡Quizás la habría lastimado alguna vez, quizás habría sido cruel, sin quererlo, hiriendo la delicadeza de aquel corazón tierno y blando como una sensitiva!

Tal idea le hacía aparecer á sus propios ojos como inferior á su amada de hoy, pero no con esa inferioridad que humilla, sino con la inferioridad del

creyente para con su Dios, sentimiento que aviva y aumenta el amor, porque lo complica con la admiración y la gratitud.

Tales reflexiones ocuparon el ánimo de Nicolás durante el camino de Cuautla á Yautepec, que recorrió impaciente y á todo el galope de su caballo atravesando el bosque de catzahuates y las haciendas de Cocoyoc, de Calderón y de San Carlos, que bordan aquella llanura pintoresca. Por fin pasó el río, atravesó las callejuelas, palpitándole el corazón, y se apeó en la puerta de la casa de doña Antonia. ¿Qué noticias iba á recibir?



XVI

Amor puro

Obscurecía ya cuando Nicolás penetró en las piezas de la casa de doña Antonia. Al ruido de sus pasos, una mujer se adelantó á su encuentro, y apenas le reconoció, á la débil luz crepuscular que aun permitía distinguir los objetos, cuando se echó en sus brazos sollozando.

Era Pilar.

Nicolás, al sentir contra su seno aquella mujer, hoy intensamente amada, sintió como un vértigo de pasión y de placer. Era la primera vez de su vida que conocía tamaña felicidad, él, que hasta ahí sólo había podido saborear los amargos dejos del desengaño; él, que siempre desamado, se habría considerado feliz con